

PRESENTACIÓN

Hace ahora ya más de tres lustros, tuvimos el honor de presentar, en los salones de la Sociedad de Amigos Casino de Puerto de Vega, la exposición de fotografía *Vistas antiguas de Puerto de Vega*.

La idea de aquella exposición no fue una inspiración momentánea, sino que se había ido fraguando tras varios años de trabajo. Como señalábamos en el programa de mano de la misma, “al principio tratábamos de reponer para nuestro solaz y disfrute personal una serie de fotografías antiguas de esta parroquia que poseíamos. Pero posteriormente, algunos amigos que las vieron nos animaron a seguir e incluso nos dejaron más fotos que poder restaurar. Poco a poco fue aumentando el volumen de las mismas y llegó el momento en que consideramos que tal patrimonio no servía si sólo lo veíamos nosotros y algunos amigos más, y así fue como surgió la idea de esta exposición”. Se celebró la misma entre el 23 y el 31 de marzo de 1986, Semana Santa, y creemos, sinceramente, que constituyó un éxito de público —había gente que repetía casi a diario para volverlas a ver— además de un revulsivo para que los vecinos de Puerto de Vega dieran mayor importancia a las viejas fotografías familiares que había en el desván y que, a partir de entonces, muchas de ellas se fueran desempolvando y dejaran de dormir en el baúl de los recuerdos para ver de nuevo la luz.

En aquel mismo programa señalábamos también que aquella “no era una exposición cerrada y concluida”, animando igualmente a nuestros convecinos a que contribuyesen a hacer más amplia la muestra. La idea subyacente en estas palabras era claramente la de hacer una segunda exposición; pero los años fueron pasando y por vicisitudes diversas no la llegamos a efectuar. Por aquel entonces, principio de los años noventa, surge la Asociación Amigos de la Historia, para la que volveríamos a realizar toda nuestra colección, que la usó con motivo de varias exposiciones. La celebrada el 1 de mayo de 1994, con el título de Exposición Archivística, y la celebrada el 28 de octubre de 1995, con motivo de la venida de S.A.R. el príncipe de Asturias para entregar a Puerto de Vega el título de Pueblo Ejemplar (por cierto, muchas de esas mismas fotos iban también en el álbum que acompañó a los distintos documentos que conformaron el dossier en que se solicitaba dicho premio). La imagen del Príncipe contemplando nuestras fotos, así como las palabras de grata sorpresa y aliento que en con aquel motivo nos dio ese gran profesional que es Pepín Viana —el cual conocía la existencia de las mismas pero que hasta entonces no había tenido ocasión de ver—, contribuyeron a despertarnos de nuevo del letargo en el que nos habíamos sumido y decidimos comenzar a trabajar otra vez en la exposición, pero con la idea de hacer coincidir esa segunda muestra con la edición de un libro en el que se recogiese el fruto de ambas. La verdad es que la intención era de hacerlo todo para el año siguiente,

pero una vez más, por motivos de trabajo etc., tuvimos que ir posponiéndolo, teniendo que cambiar incluso el título que en un principio teníamos pensado, hasta que por fin ven ahora la luz, si bien con unos parámetros diferentes.

Ideas semejantes las ha habido en otros lugares de Asturias. Efectivamente, ante el inevitable final de siglo, y de milenio, que se nos vino encima, fueron muchas las publicaciones que trataron de hacer un resumen o recapitulación en los más variados aspectos (constituyó otro “efecto 2000”). Sabemos, por tanto, que nuestro libro no es el primero de estas características que aparece en nuestra región; pero también creemos, sin miedo a equivocarnos, que nuestra exposición, que no tuvo entonces proyección fuera de nuestro ámbito parroquial, probablemente fue la primera que con esta fórmula se realizó en el occidente del Principado.

El título de este trabajo, un poco pretencioso quizás —pues somos conscientes de que es imposible compendiar la historia gráfica de un pueblo en unas pocas páginas, entre otras razones evidentes porque no siempre que surgió algo interesante estuvo allí el fotógrafo para captarlo, bien porque aunque haya estado se ha perdido irremisiblemente, o bien, porque aunque exista no lo hemos conseguido para este libro— quiere hacer mención, por otro lado, a la continuación que pensamos realizar del mismo, ya que en esta primera entrega abarcamos hasta finales de los años sesenta, en que va desapareciendo paulatinamente la fotografía en blanco y negro, para ir dando paso gradualmente a la fotografía en color, a la que dedicaremos el segundo de nuestros volúmenes, para el cual ya tenemos recogido bastante material. Hemos pretendido que la colección abarque el mayor abanico posible y como fotografías verdaderamente antiguas, es decir, de principios del siglo XX, no hay muchas más inéditas de las que ya habíamos mostrado en la primera exposición, hemos abundado esta vez en otras más recientes, de los años cincuenta y sesenta que no dejan por otro lado de tener su encanto.

Este es un libro, evidentemente, para ver, para contemplar. Quisiéramos que figurase en todos los hogares de nuestra parroquia —permítaseme la expresión— como si de nuestra pequeña Biblia particular se tratase. Por ello nos agradaría aún más el que su lugar preferente de ubicación fuese la mesilla de noche, para hojearlo de vez en cuando (y como recuerdo de una vieja costumbre, hoy casi desaparecida por la presencia de la televisión, que consistía en dejar a los niños, cuando se ponían un poco pachuchos, la insustituible caja con los viejos retratos familiares que ayudaba, sin duda, al recuerdo del pasado y a fomentar su identidad personal). Pero, sobre todo, deseamos que constituya un agradable viaje a través de la historia más reciente de nuestra parroquia para nuestros vecinos y lectores: en primer lugar, como reflexión y recuerdo para las generaciones adultas que les tocó vivir la época aquí tratada; en segundo lugar, no en vano mi profesión de maestro, para enseñar y dejar constancia a las nuevas generaciones de nuestro pasado más inmediato, de los acontecimientos que a ellos no les tocó vivir, pero de los que seguramente oyeron hablar; en tercer lugar, como espacio de búsqueda y encuentro de nuestra idiosincrasia, para aquellas personas, cada vez más numerosas, que nos visitan anualmente e incluso se han instalado a vivir entre nosotros con viviendas de segunda residencia, y, en cuarto y último lugar, para nuestros emigrantes y sus descendientes, tanto para los que quedaron en el solar patrio como, especialmente, para los que fueron regados por los continentes americano y europeo, en un deseo de reavivar las raíces que les atan al terruño. Como decía en mi colaboración del último programa de las fiestas de la Atalaya, en estos tres últimos años (ya son ahora casi cuatro) he dedicado gran parte de mis ratos de ocio a preparar este libro. Ha sido un gran esfuerzo; pero si logramos conseguir, aunque sea en parte, esos objetivos, dicho esfuerzo no habrá sido baldío y habrá merecido la pena.